

El Reencuentro de la Unidad en los mitos de Abraham y Deméter



Dario Ergas

Parque de Estudio y Reflexión Punta de Vacas,

marzo 2018

El Reencuentro de la Unidad en los mitos de Abraham y Deméter

Dario Ergas, Parque de Estudio y Reflexión Punta de Vacas, marzo 2018

Síntesis: El Reencuentro de la Unidad en los mitos de Abraham y Deméter

Se hace la siguiente hipótesis: para ampliar la conciencia hacia la conciencia de sí o más allá, la conciencia del ser o la conciencia del sí mismo, se requiere que la mirada (la mirada interna) alcance un grado mayor de internalización que la del yo habitual, “pegado a la piel”. La dificultad para esta internalización son las contradicciones y el sufrimiento que hace a la mirada interna huir de sí. La raíz de ese sufrimiento es el temor a la muerte que es el conflicto radical de la estructura de la conciencia. El temor a la muerte y la respuesta de la conciencia a ese conflicto, son la base de los sistemas de creencias de las distintas culturas. Estas creencias matrices podemos detectarlas en los mitos y si logramos develar el núcleo de conflicto que traducen, podemos hacer el intento de transferirlo. Dado el momento de crisis cultural global, los mitos pierden carga psíquica y se debilita su valor de “realidad”. Por ello suponemos que podríamos apoyarnos en ese mismo sistema alegórico para transferir el nudo conflictivo que les dio origen.

Estudiando un par de mitos raíces tratados por Silo, se intenta develar el núcleo de temor a la muerte y a la extinción que Silo trasunta en su relato mítico; se intenta comprender la propuesta transferencial de Silo; luego se analizan propuestas transferenciales del mismo núcleo de conflicto, pero desde otros autores, para finalmente ensayar una producción literaria propia que haga dicha transferencia.

Para ello se estudian dos mitos, el hebreo de Abraham y el griego de Deméter.

El núcleo del conflicto del mito de Abraham se interpreta que la trascendencia, es decir la superación del temor a la muerte y la extinción, es lograda a través de la descendencia: “serás padre de numerosos pueblos”; es decir, la inmortalidad se alcanza por la consecución de las generaciones simbolizadas en su único hijo. Pero para lograr esa inmortalidad, debe obedecer a Dios que le exige asesinarlo. Esta contradicción crea un sentimiento de culpa y un tipo de fe y de obediencia a algo absoluto que no ha podido resolver el temor a la muerte, y si bien ha dado identidad a numerosos pueblos también ha producido mucha violencia, desde hace más de 5.000 años.

El núcleo del conflicto del mito de Deméter se interpreta que la trascendencia, es decir la superación del temor a la muerte y a la extinción, es lograda a través de la regeneración de la vida. La vida, creada por dos principios opuestos, nace y muere para volver a renacer cíclicamente. La vida renacerá en la misma tierra luego de la cosecha, o tendrá lugar el renacimiento en un plano espiritual luego de la muerte del cuerpo. Se muere para renacer. El choque de estos principios opuestos impide el renacimiento de la vida y ese choque se resuelve por medio de una negociación, la que podría experimentarse de manera forzada por una de las partes. Este forzamiento de la transacción entre los principios generadores de la vida, arrastra un conflicto hasta hoy en que el ser humano siente temor a ser rechazado y no ser amado por sus semejantes.

Hipótesis

El desarrollo de la Mirada Interna

Para un nuevo tipo de ser humano, o una ampliación de la conciencia, se requiere un leve corrimiento hacia adentro de la mirada interna, habitualmente identificada con el “yo pegado a la piel”.

Esta leve internalización de la mirada tiene resistencias por el sistema de creencias en que se está y por la situación de contradicción en que se vive. El dolor de la contradicción expulsa la mirada y la externaliza, la aleja de sí y la identifica con el yo periférico. Al internalizarse, la mirada se sostiene en un “observar”.

Este punto desde donde se observa (mirada interna), devela las creencias desde las que se estructura el mundo percibido. La mirada interna pone luz no sólo al mundo de lo perceptual, sino además permite un registro (conciencia) de la perspectiva desde donde se mira y se actúa. Habitualmente la mirada está atrapada por aquello que observa, y en esta identificación lo observado toma carácter de “realidad”. En esa identificación de la mirada con lo perceptual (o con la representación), en esa pérdida de la noción de la propia estructuración de la conciencia, en esa ignorancia de la “perspectiva” del observador, incluso olvido del observador mismo, la conciencia afirma su perspectiva como realidad en sí, negando o degradando al otro, apagando la luz de la mirada y externalizándola.

El conflicto original de la conciencia humana.

El sistema de creencias compensa un núcleo de temor básico referido a la muerte personal, o a la extinción del grupo de pertenencia, o del pueblo o de la cultura. Este temor básico a la muerte y a la extinción, así como el modo de trascendencia, es una raíz de las culturas y se expresa en sus mitos, en sus valores, en su arte, en su modo de producción y organización. Aun cuando tanto los mitos como las demás expresiones van transformándose a lo largo de milenios y traduciéndose en representaciones acordes al estado tecnológico de las sociedades, se puede detectar un núcleo de ideación que permanece y trasciende las épocas. Ese núcleo de ideación básico es lo que Silo detecta en su libro *Mitos raíces universales*: Trata allí de develar la traducción que hacen las culturas primigenias del conflicto básico de la conciencia que es el temor a la muerte y a la extinción¹.

Silo llama “mito universal” a aquellos mitos cuyo conflicto de origen, a pesar del paso del tiempo y de la desaparición de la cultura, ha trascendido hasta el momento actual. Es decir, son mitos universales ya que el conflicto del que tratan pega en la cultura universal, hoy en gestación. Además, y esta también es una hipótesis, Silo en estos relatos aporta un leve giro a cada mito universal para intentar resolver el núcleo básico del temor a la muerte y a la extinción que la

¹ Hemos considerado “raíz” a todo mito que pasando de pueblo en pueblo, ha conservado una cierta perdurabilidad en su argumento central, aun cuando se hayan producido modificaciones a través del tiempo en los nombres de los personajes considerados, en sus atributos y en el paisaje en que se inserta la acción. El argumento central, aquello que designamos como “núcleo de ideación”, también experimenta cambios pero a una velocidad relativamente más lenta que la de elementos que podemos tomar por accesorios.

(Mitos Raíces Universales, Silo, Editorial Leviatán, B Aires, 2013)

cultura no logró, y el sistema de tensiones se trasladó sin resolución a las culturas herederas; un leve giro para transferir el núcleo de dolor que quedó atrapado en la conciencia humana en el origen de las civilizaciones².

El mito grafica y trata de resolver el temor básico a la muerte personal y a la extinción del grupo de pertenencia. El temor a la muerte es traducido por la conciencia en alegorías; estas alegorías se expresarán en un argumento que tendrá la forma de cuento, de leyenda o de mito. El sistema de tensiones, las angustias, las inquietudes, los climas, son convertidos en imágenes visuales, auditivas, cenestésicas y se van hilando en un relato que las intenta distender. A veces el relato resuelve por un tiempo el sistema de tensiones, a veces lo descarga momentáneamente, y a veces simplemente no lo resuelve, y a veces incluso puede aumentarlo. Cuando ese sistema de tensiones es común a pueblos enteros y se traslada a través de generaciones, ese relato va adquiriendo la característica de mito.

Los mitos alegorizan la estructura mental de una época y cuando están en su apogeo son experimentados como realidad en sí. Pero en los momentos de crisis de las culturas como es el actual, las creencias fracasan al ser insuficientes para dar respuestas a la nueva época y el sistema de imágenes mítico pierde carga psíquica. Por ello suponemos que podríamos apoyarnos en ese mismo sistema alegórico para transferir el nudo conflictivo que les dio origen, y así posibilitar el surgimiento de nuevas respuestas a las realidades existenciales e históricas que enfrenta la conciencia.

Estudio del núcleo de temor en el mito hebreo de Abraham y griego de Deméter

Ese núcleo de temor básico, esa raíz cultural, se traduce en el arte en general, el folklore y la literatura y actualmente debiéramos poder detectarlo además en la música popular y el cine. La estructura de creencias, valores y organización conforman el estilo de vida de una cultura y una identidad, que la cultura tenderá a conservar ya que sin ellas se siente que desaparece.

Con estos supuestos quisiera hacer el ejercicio de tomar algún mito raíz de Silo, detectar el núcleo básico de temor, develarlo en las creencias sobre la muerte y la trascendencia, reconocerlo en el arte actual, y crear algún tipo de producción literaria que transfiera dicho temor y deje a la mirada con registro de sí misma.

Tomaremos para este ejercicio el mito de Abraham, referido al sacrificio de su hijo Isaac y el mito griego de la diosa madre Deméter, referido al secuestro de su hija Perséfone. En el primer caso estudiaremos el conflicto de la culpa y en el segundo el temor al rechazo de la persona amada.

² "Por todo lo anterior, debo reconocer que ha resultado una obra muy incompleta pero que, en lo esencial, ha logrado destacar un punto de importancia en el sistema de creencias históricas. Me refiero a lo que llamo "mito raíz" y que entiendo como aquel núcleo de ideación mítico que no obstante la deformación y transformación del escenario en que desarrolla su acción, no obstante las variaciones de los nombres, de los personajes y de sus atributos secundarios, ha pasado de pueblo en pueblo conservando su argumento central más o menos intacto y con ello ha logrado universalizarse. El doble carácter de "raíz" y de "universal" de ciertos mitos me permitió centrar el tema y tomar aquellos que cumplieran con esas condiciones."

(Habla Silo, Silo, Virtual Ediciones, 1996)

ABRAHAM Y LA CULPA

Una redacción libre del mito de Abraham

Abraham escucha la voz de Dios pidiendo el sacrificio de Isaac. Abraham, se resiste, y le explica que no es posible: "Ismael, mi otro hijo, ya lo envié al desierto de Beersheva con su madre Agar y no se sabe si sobrevivió. Sara no resistirá la pérdida de Isaac. No te creímos, Dios, que tendríamos descendencia cumplidos los 80 años. Nos reímos y nos burlamos, y Tú nos diste este hijo. Le pusimos Isaac, Risa, en recuerdo de esa noche en que renegamos de Ti. No puedo sacrificarlo ahora. No puedes enviarme a matar a mi propio hijo".

Abraham sabía lo que significaba desobedecer a Dios. Lo supo cuando intercedió para rescatar a su hermano Lot de Sodoma y presenció la destrucción con que Dios castigó a esa ciudad y a Gomorra. También el castigo que recibió la mujer de Lot al mirar hacia atrás desobedeciéndolo.

Desobedecer a Dios significa la muerte. Pero obedecerlo implica sacrificar su propio hijo, su descendencia y su futuro.

Abraham finalmente no asesinó a Isaac, porque fue detenido en el intento por Dios, pero su corazón quedó ensombrecido por la culpa de la decisión que tomó.

El sentimiento de culpa

Para comprender el poder del mito de Abraham, tendremos que remitirnos a los momentos de la vida en que nos vemos obligados a tomar decisiones vitales, decisiones en que se compromete la vida o la dirección de la vida. Son pocas las ocasiones en que nos encontramos en este tipo de encrucijadas: momentos en que dependiendo de la decisión que tomemos, nuestra vida y la de otros, tomará un rumbo en una dirección o en otra; momentos de terrible soledad, en que estamos frente a nuestra propia alma, y de esa decisión los acontecimientos seguirán un rumbo u otro. Quisiéramos huir de la responsabilidad de la que tendremos que hacernos cargo a partir de ahí en adelante, preferiríamos que las circunstancias o un accidente fueran los responsables de lo que sucederá, pero no, la decisión está frente a nosotros y decidiremos el destino.

En estas raras ocasiones las opciones que se exponen a nuestra razón son contradictorias. Por una parte obtenemos ciertos beneficios, por otra sale gente perjudicada. Hacemos todo tipo de cálculos, pero ninguno es concluyente para tomar la decisión. La razón ha fracasado. La mente se nos llena de justificaciones para tranquilizar la conciencia de lo que vamos a hacer. Son momentos de quiebres, de rupturas y las circunstancias nos exigen una decisión. Una vez que la tomemos, sabemos que tendrá un costo y ese costo se expresa como "culpa".

Todas las posibles soluciones tienen alguna satisfacción, pero al mismo tiempo algún perjuicio. El alma parece partirse en dos y ninguna señal viene en ayuda a lo que tengo que hacer. Estamos solos. La angustia nos carcome al punto de preferir tomar cualquier camino con tal de calmar ese dolor de la mente. Esta es la situación de Abraham caminando pausadamente hacia el monte en que sacrificará "su único", su hijo, Isaac para algunos, Ismael para otros.

El sacrificio de Isaac es el sacrificio de lo humano, de la particularidad humana por un supuesto "bien mayor". Por una causa trascendente que justifica el atropello a lo humano particular.

El sacrificio de Isaac es una ruptura de la propia integridad, para satisfacer un bien aparentemente superior y absoluto. Se vive como una fuerte contradicción y dolor en que su única salida es tener que aceptar el mandato del sacrificio.

A diario estamos enfrentados a la polaridad del bien general versus la persona particular. Desde el empleado que debo echar para hacer más eficiente la empresa, a las promesas que rompemos o los principios que transgredimos por “el bien del conjunto”. Tomamos decisiones que afectan a gente querida justificados en una causa superior. Dentro de mí, espero que algo me detenga, que no tenga que infringir esa traición a mí mismo, que algo accidental suceda y la situación se arregle sin mi intervención. Pero esto no ocurre. Tengo que realizarla por un motivo mayor, por algo superior que justifica la ruptura de mi integridad. Una vez justificada la acción contradictoria, olvidaremos la decisión que tomamos y un nudo de culpa poco a poca irá apretando la existencia.

Aun cuando el sacrificio no se lleve a cabo, porque el azar o dios o algo, impidieron que se realizara, la culpa permanece. El sentimiento de culpa se instala porque ya sé que hay una “verdad” más importante que la persona a la cuál debo mi lealtad y amor; lealtad que traicionaré si el “bien superior” o absoluto está en juego.

Aunque no ejecute el sacrificio personalmente, bastará que lo acepte en aras de cualquier argumento, político, económico o técnico, para que de todos modos, la traición a la particularidad humana deposite su remanente de culpa en mí. Esta contradicción impedirá la internalización de la mirada, que estará externalizada y presionada por esa contradicción.

Cómo se puede transferir este núcleo básico y cultural de dolor

En la reconstrucción del mito de Abraham, Silo propone enfatizar la burla divina como argumento transferencial. La Biblia en cambio, resalta la “prueba” que hace Yahvé de la fe de Abraham y enfatiza el deber de la obediencia de éste al mandato absurdo.

Silo en cambio explora en la verdad interna. Propone reconocer que Abraham y Sara se burlaron de Dios cuando les anunció el nacimiento de Isaac (“Ahora que estoy pasada, ¿sentiré el placer; y además con mi marido viejo?”), y ahora Dios se burla de ellos, no con una “prueba de la fe”, como lo explicita el relato bíblico, sino con una treta o una broma, ordenándoles un sacrificio imposible. Abraham en este desenlace sería “caballero de la fe”, no por su fe ciega e irracional, sino porque es capaz de acercarse a una verdad interior y reconocer su falta de fe: no tuvo fe cuando se le avisó que tendría descendencia y se burló de Dios, en cambio sí creyó cuando Dios le hizo una broma y lo mandató a hacer algo que está en contra de Sí mismo, en contra del mismo Dios. Este encuentro con la verdad interna podría reconciliar a Abraham con la fe y privilegiar no la fe a cualquier precio, sino una fe y una obediencia basada en la experiencia; experiencia que se sustenta no sólo en la pasión, sino en la unidad entre la emoción y la razón

Kierkegaard pone el acento en que es tal la fe de Abraham, que renuncia a Isaac haciendo un movimiento de “resignación infinita”, pero en todo momento sabe que Dios salvará a Isaac. Lo salvará Aquí o en el Infinito. Abraham pone por sobre lo ético su relación inmediata con lo absoluto. Al suspender lo ético, se entra en relación directa con lo absoluto y esto es la Fe. Isaac para Kierkegaard aparece como un ser sin intención, sólo representa el valor moral de “amarás a tu hijo por sobre todas las cosas”. Isaac, está deshumanizado para Kierkegaard, a pesar de que la Biblia nos muestra que sí tiene juicio ya que pregunta: “Padre, ¿dónde está el carnero para el sacrificio?”.

La fe como suspensión de lo ético para entrar en relación con lo absoluto, es una idea interesante. La fe como suspensión de lo ético y más aún como suspensión del yo para entrar en relación con

zonas profundas y de silencio de la conciencia, es una experiencia de la cual nuestra ascesis puede darnos cuenta. En mi estudio de la Fe Interna (2017) analicé ese movimiento de la conciencia en que la mirada se internaliza más allá del yo periférico para tomar contacto con la fuerza interior, una dirección que va más allá de la creencia y lleva a experimentar la fuerza que sostiene la convicción, una mirada que se internaliza para tomar contacto con algo que está más atrás de la convicción misma.

Este esfuerzo de internalización que pone en contacto a la conciencia con la totalidad, rescata de ese instante de silencio reminiscencias significativas o representaciones cargadas de significados, pero esos significados no necesariamente están depurados de los conflictos y tensiones que pueda tener quien se dispone y se expone a esa experiencia. La advertencia que hace Kierkegaard, de que él es un experto en la descripción del fenómeno de la fe, pero no le ha sido concedido vivirla y experimentarla, es importante tenerla en cuenta. Vive en su vida personal una contradicción por la ruptura con su amada Regina, al parecer asimila dicha ruptura al sacrificio de Isaac, esperando reencontrar a su amada a través de la resignación infinita y la fe del reencuentro en un plano superior del amor absoluto.

Martín Buber, se pregunta: ¿cómo se reconoce que el mandato del sacrificio proviene efectivamente de Dios y no es una argucia de Moloch, que confunde el pensamiento de los hombres? ¿Cómo distinguir si ese mandato proviene de la “delgada voz del silencio”, o del poderoso rugido de un demonio? Abraham podría confundir la voz de Dios.

Leamos a Martín Buber en el Eclipse de Dios: “¿Es realmente el Absoluto el que a ti se dirige, o sólo uno de sus imitadores? Según el informe de la Biblia, la voz divina que habla es la ‘voz de un delgado silencio’ (1 Reyes 18:21). A diferencia de ella la voz de Moloch prefiere por lo general un poderoso rugido. Pero especialmente en nuestra época, parece extremadamente difícil diferenciar una de la otra. La nuestra es una época que la suspensión de la ética llena al mundo en forma caricaturizada. Una y otra vez llega a los hombres, desde la oscuridad, la orden de sacrificar a su Isaac....

Cada vez que pregunto a almas jóvenes de buena condición: ‘¿Por qué renuncian a vuestra integridad personal?’, me responden: ‘También esto, él más difícil de los sacrificios, es necesario para...’. ¡No importa cómo se complete la frase: ‘para poder lograr la igualdad’ o ‘para poder lograr la libertad’, nada importa! Y traen el sacrificio finalmente. En el dominio de Moloch, los honestos mienten y los compasivos torturan. ¡Y creen real y sinceramente que el fratricidio preparará el camino para la hermandad!’³.

Esa voz interna que proviene del hondo silencio está bloqueada, nos dirá Buber. Tratamos de percibirla y atraparla como si se tratara de una sensación corporal. Hemos supuesto que lo real lo es sólo en su aspecto de materialidad. Que el ojo interno o el oído interno, puede captar sólo sensaciones y no podemos aguzar la mirada con la pupila del ser⁴.

³ De *El eclipse de Dios*, Martín Buber, Ediciones nueva Visión, Buenos Aires, Trad. Luis Fabricant, 1970

⁴ “El primer nombre de Dios ya lo imagina como Algo, como una cosa entre cosas, un ser entre seres, un Ello. No importa que este objeto de pensamiento se llame “Verbo” (Logos o ‘Ilimitado’ -Apeiron- o simplemente ‘Ser’) o cualquier otra cosa. Todo lo que se halla frente a nosotros se disuelve en la subjetividad. El espíritu humano aniquila el carácter absoluto de lo absoluto. El espíritu ya no puede existir como esencia independiente. Ahora sólo existe un producto de los individuos humanos llamado espíritu, producto que ellos contienen y secretan como el moco o la orina [...] El eclipse de Dios significa, supone que podemos mirar a Dios con ‘el ojo de nuestra mente’ -o, mejor dicho, con el

La trascendencia a través de la descendencia

El conflicto radical es la muerte. Nos morimos, la conciencia se muere y su intencionalidad lanzada hacia el futuro, se topa con el hecho de que el futuro se corta abruptamente. Un temor instintivo que a veces puede llenarnos de pavor está en el trasfondo de nuestra conciencia. Este es el sistema de tensiones internas que se traduce en los mitos. Este temor que aparentemente no está presente en la cotidianidad nos sorprende dramáticamente en las encrucijadas, cuando debemos tomar decisiones.

En la alegoría bíblica de Abraham, la solución al temor a morir, la imagen de trascendencia es la descendencia: “Serás padre de numerosos pueblos”. El temor básico y existencial a la muerte, el miedo a la solitaria y eterna nada se transfiere por la promesa de la multiplicación de la familia hasta devenir en pueblo: Dios promete a Abraham la trascendencia a través de las generaciones venideras que se sucederán formando numerosos pueblos de los que él, Abraham, será su padre original. La promesa de inmortalidad es a través de la descendencia que será más numerosa que las estrellas del cielo, es decir la inmortalidad está alegorizada a través de su hijo Isaac (Ismael).

Por lo tanto, sacrificar a Isaac no es sólo la muerte del hijo, sino también la muerte espiritual y eterna. No sacrificar a Isaac, es desobedecer a Dios, que es lo Trascendente y lo Absoluto en sí mismo. Desobedecer, es dejar de ser parte de la sustancia inmortal. ¿Qué debe hacer Abraham en esta situación límite? Haga lo que haga sobrevendrá un sentimiento de culpa, ya sea por el sacrificio o ya sea por la desobediencia. Una vez que Abraham toma la decisión y extiende su brazo asesino para descargarlo sobre su hijo, Dios lo detiene porque ya comprobó que le era fiel y obediente pero la culpa quedó depositada en ese corazón que supo de lo que era capaz.

La descendencia, son los hijos, pero luego la familia, más tarde el pueblo y por último la patria y el Estado. Todos estos entes están asociados a un territorio, con lo que se transfiere la carga de trascendencia a la tierra. Esta es siempre la base de toda discusión de reparaciones de genocidios o conflictos culturales. Lo mismo pasa con el patrimonio o el capital.

La muerte personal queda oculta en la identificación con alguna de esas entidades superiores, las cuales creo que sobreviven a mi muerte. Al identificarme con alguna de ellas y ser parte de esa forma mayor, tengo la sensación ilusoria de inmortalidad. Pervivo por la pertenencia a esa entidad. Así Dios, la Patria, el Patrimonio, la Familia, la Tradición, son modos de compensar el temor a la extinción.

El mito de Abraham alegoriza las decisiones que debo tomar en situación límite, cuando está en juego aquella entidad de la que soy parte. Creo que asegurando su continuidad es que aseguro mi propia continuidad más allá de la muerte. Al dotarlos de inmortalidad, estos estamentos toman un carácter de absoluto: Dios, la Patria, la Familia..., se cargan con el atributo de perpetuidad y todo

ojo de nuestro ser-, tal como con el ojo corporal podemos mirar al Sol, y que algo puede interponerse entre nuestra existencia y la Suya tal como entre la Tierra y el Sol. El eclipse de Dios significa que esta mirada del ser existe, totalmente real, una mirada que no produce imágenes, pero es la primera en posibilitar todas las imágenes, ninguna corte del mundo puede atestiguarlo, sino la fe. No es para ser probada; es sólo para ser experimentada” (Ibid.)

[...] “Hasta el contacto más íntimo con el otro queda cubierto por una apariencia si el otro no ha llegado a ser Tú para mí. Yo-Tú podemos encontrar a Dios, porque en contraste con todos los seres existentes, ningún aspecto de Él puede objetivarse. El que se aferra a una imagen accidental una vez terminada la plena relación Yo-Tú, ha perdido ya la visión [...] El eclipse de la luz de Dios no es extinción; mañana mismo puede desaparecer aquello que se ha interpuesto”. (Ibid.)

mi ser se identifica con ellos. Ahí es cuando esa entidad “absoluta”, exige el sacrificio de Isaac, de sus amados hijos, de la particularidad humana concreta. Si la Patria está en peligro sus hijos deben defenderla, etc.

Lo superior, lo absoluto, alegoriza lo trascendente. Si lo absoluto está en riesgo, exigirá el sacrificio para asegurar con ello su poder y su continuidad. Abraham (o yo) debe ejecutar el sacrificio para no poner en riesgo la inmortalidad del ente inmortal y por tanto la propia. Es cierto que al ejecutar el sacrificio pierdo mi integridad, ya que me traiciono a mí mismo y a lo que amo, pero mi integridad personal es un secundario frente al absoluto al cual debo obedecer.

Un nudo de dolor que no tiene solución. Entre sacrificar mi integridad personal o sacrificar lo absoluto con lo cual pierdo la trascendencia personal, es decir, lo pierdo todo, Abraham y la humanidad eligen el sacrificio de la integridad.

ABRAHAM LO ABSOLUTO LO TRASCENDENTE	➔	La Patria, El Estado, El Ejército, La Propiedad, La Ley, La Raza Dios, La Iglesia, La Obediencia, La Familia La Honra, La Palabra, La Economía La Justicia, La Libertad, La Vida
ISAAC LA PARTICULARIDAD	➔	Lo Humano, La Vida Humana, La Persona Humana La Libertad Humana, Los Derechos Humanos

Yo (Abraham) trasciendo a través de alguno de esos Absolutos (según lo que crea), por tanto, si es necesario afirmar ese Absoluto, se sacrifica a Isaac (la particularidad humana).

Si se pone en juego ese absoluto, llámese Patria, Dios, Estado, Propiedad, Tradición, Libertad, Justicia, Familia, Capital, estaremos dispuestos a sacrificar a Isaac. Sentiremos “el mandato divino” que nos pide pasar por sobre aquello en que creemos, amamos, consideramos esencial, para sostener a cualquier precio ese “Absoluto”. En jerga militar esto se llamaría “obediencia debida”; en lenguaje religioso “fe” o “fanatismo”, en código existencial “contradicción”.

Este nudo atrapa la cultura judía-cristiana-islámica.

Dios promete la inmortalidad a través de la descendencia. Pero para ello pide a cambio la fe ciega y la obediencia incondicional. La descendencia a través de las generaciones se va transformando en tradición, familia, pueblo, patria y estado, todos ellos asentados en un territorio que es también sagrado. La identificación con esos entes absolutos otorga la ilusión de inmortalidad. Estos entes son ahora los que exigen la fe incondicional, la obediencia y el sacrificio.

En el relato bíblico el temor a la muerte se supera a través de la fe ciega a Dios; para Kierkegaard el contacto directo con lo Absoluto requiere la suspensión de lo ético y toda renuncia será recuperada en otro plano del Ser; para Buber el espíritu inmortal está oculto a nuestra mirada, eclipsado, tanto para tomar contacto con Él, como para reconocerlo en el otro. Silo en una reinterpretación del mito, disuelve la paradoja de Abraham, transformando la prueba de fe en una

lección sobre la fe ciega y privilegiando la experiencia trascendental directa, pone entre paréntesis el tema de la existencia y la fe en Dios.

La voz interior

Ante situaciones límite en que estamos sometidos a la máxima presión externa, pero también a la presión de las compulsiones psíquicas internas, cuando tenemos que tomar decisiones que comprometen el futuro propio y de otros, ¿cómo se hace para encontrar el camino correcto, el más coherente, el que nos cohesiona, nos une y nos abre el futuro?

En situaciones límite requerimos escuchar una voz interior que nos inspire y nos guíe. ¿Pero cómo distingo esa voz que viene de la calma y orienta hacia la unidad, de tantas otras que se agolpan en mi cabeza para que las tome en cuenta? La voz de mis pensamientos, la voz del cálculo y de la razón, la voz de la compulsión, la voz del temor y de la angustia, la voz de la locura, ¿cómo se distinguen de la voz interior?

En esos momentos límite quisiéramos que algo intervenga para impedir el sacrificio que nos sentimos obligados a realizar. Algo que intervenga para que las personas perjudicadas por nuestra decisión sean salvadas de alguna manera y no experimenten la degradación o la cosificación a la que van a ser expuestas una vez tomada la decisión: la mano de Dios salvando a Isaac del degollamiento. Sin embargo, eso no sucederá. Incluso en el mito, Dios interviene después de que Abraham tomó la decisión.

En la estructura de la culpa, tengo la creencia de que no soy enteramente responsable de mis acciones. Las decisiones no fueron tomadas con plena libertad, sino obedeciendo a algo superior. Por tanto la responsabilidad de las consecuencias de mis acciones radica en ese algo mayor y absoluto y no en la decisión personal. Los argumentos vitales se ordenan de modo de justificar mi acción exculpándome de las consecuencias y responsabilizando a algo mayor. Ese núcleo de culpa va ocultando en una enredadera de justificaciones las verdaderas motivaciones de mis decisiones. En esta situación el ruido de la culpa no me permite escuchar la nitidez y suavidad de la voz interior.

El relator bíblico se dedica a justificar las acciones contradictorias de Abraham, las que van en contra de los principios religiosos, en una especie de relato histórico exculpatario gracias a que todo ha sido por obra de Dios. En la medida que crea que es Dios el que me empuja a actuar en contra de lo ético, el crimen está justificado. Si en algún momento cuestiono esa fe y soy yo mismo responsable de mis actos, tengo que responder ante mí mismo o ante Dios, pero ya no puedo justificar mis acciones en su nombre.

Abraham en su recorrido a Canaán comete varias acciones contradictorias para salvar su propia vida y todas están justificadas para cumplir la misión que Yahvé le confirió de llegar a Canaán y ser padre de pueblos: prostituir a Sara, su hermana y esposa, para ganar el favor de los reyes de los lugares por donde pasaba; expulsar a Ismael y Agar del hogar y dejarlos a merced del desierto; sacrificar a Isaac por degollamiento. El juicio moral queda suspendido por la fe en Yahvé que es el que ordena y Abraham obedece.

Abraham tiene que sobrevivir para realizar el Plan de Dios. La acción contradictoria se justifica para cumplir el mandato divino. Al no asumir la responsabilidad de mis decisiones que tomo para

sobrevivir, sino que las justifico por la fe y como obediencia a esa fe, transfiero la responsabilidad de la acción a Dios, esta contradicción se oculta detrás del sentimiento de culpa. Por mi culpa, por mi culpa, por mi santísima culpa.

Se trata ahora de disolver este nudo de conflicto en el cual el temor a la muerte me induce a acciones contradictorias justificándolas por la fe ciega en algún absoluto, para luego ocultar la traición a mí mismo por medio del sentimiento de culpa. Esta reconciliación permitiría liberar la mirada del temor a la muerte para que encuentre su trascendencia en verdades más verdaderas y profundas. Tenemos que llegar a la verdad interna, poner ante los ojos la justificación de las acciones contradictorias, y aceptar la propia responsabilidad, reconciliándonos por lo hecho y reencontrando la voz interior, la verdadera voz de Dios, provocando con ello una distensión profunda de ese sistema de tensión básico⁵.

Y si...

Y si la orden de sacrificar a Isaac no proviene realmente de Dios, no es la voz interior, sino una voz más periférica, más chillona, más externa, fuera de sí. Y si el encuentro con Dios, la voz interior, Abraham la escucha recién en el momento en que “algo” detiene su brazo impidiendo el degollamiento. Y si fuera allí cuando por vez primera reconoce a Dios y su Plan, y en ese trance comprende su historia anterior desde que emigró de Ur. ¡Abraham decidió salvar a Isaac! Allí escucha por vez primera una voz interior, que no se le había presentado nunca antes ni siquiera al emigrar de Mesopotamia. La voz proviene de la profundidad de sí mismo, y clama por la salvación de Isaac. Esto es lo que lo convierte en el padre de la humanidad. Como lo cuenta el relator bíblico, aparece como una obediencia a una voz externa, proveniente no se sabe de dónde, pero que es escuchada por las orejas, y no por el oído del alma, por el encuentro del alma consigo misma.

⁵ Silo en Madrid en el acto público de 1981, en que grafica “la rebelión contra la muerte”, como el impulso humano de la conciencia y de la historia. Ante una multitud en el Pabellón de Deportes invita a una meditación que toca la raíz del problema de la culpa y llama a la verdad interna para lograr la reconciliación: “¿Cómo vencerá el ser humano a su sombra? ¿Acaso huyendo de ella? ¿Acaso enfrentándola en incoherente lucha? Si el motor de la historia es la rebelión contra la muerte, rebélate ahora contra la frustración y la venganza. Deja, por primera vez en la historia, de buscar culpables. **Unos y otros son responsables de lo que hicieron, pero nadie es culpable de lo que sucedió.**” (Habla Silo, Silo, Virtual Ediciones, 1996, ISBN: 956-7483-04-3, el resaltado es personal)

Reinterpretación transferencial del mito de Abraham

Abraham debe salir de Ur, su patria original. La sequía y el aumento de la población han agotado las condiciones de subsistencia. Desde esta ciudad al sur de la Mesopotamia, bordeando el río Éufrates, algunos emprenderán un largo viaje para encontrar futuro en tierras lejanas. Abraham tiene fe que en las tierras de los cananeos estará su lugar⁶. Una vez instalado allá, enviará a buscar al resto de su familia. La historia de Abraham es la historia de los millones de emigrantes que hoy salen de Asia y de África hacia occidente. Los infortunios que viven para acceder a la tierra del bienestar son terribles: esclavitud, miseria, prostitución, asesinatos, los cadáveres de los niños flotan al vaivén de las olas hasta vadear en las playas. La tribu de Abraham saliendo de Ur (sur de Irak), comerciando con los reyes del lugar y ofreciendo a Sarai a cambio de protección y hacienda, no se distancia demasiado de hoy⁷. Sobrevivir es el grito que tienen en el alma. Sobrevivir y después ayudar a sobrevivir a los que quedan atrás.

Los emigrantes del siglo XXI, llegan a los campos de refugiados, algunas mujeres procuran alimento a cambio de sus cuerpos, otras son violadas, algunos niños ríen, otros ya no. Los maridos sienten el dolor de la impotencia. Cierran los ojos, endurecen el corazón, pero sobrevivir es el instinto que brota del alma. Se aferran a su Dios que les da consuelo: esto pasará y pronto tendrán una vida mejor susurra la esperanza envuelta en lágrimas. Sólo Dios, Yahvé, comprende y tiene un plan para Abraham. Sólo Dios conoce el plan para cada uno de los seres humanos que están llegando a los campos de refugiados de Lesbo, de Idomeni, de Rigonce, de Lampedusa en el sur de Europa, los sirios en las fronteras de Turquía, los palestinos en Gaza, los africanos de Dadaab o Darfur.

Abraham abraza esa promesa de Dios y un día después de muchas penurias, logra asentarse en un pequeño poblado de Canaán. Tiene dos hijos, Ismael de su sirvienta y amante, Agar, e Isaac de su esposa Sara; ambos nacidos en este nuevo hogar ya lejos del periodo de la miseria y la esclavitud. Pero Abraham guarda rencor en los recuerdos. Recuerdos de las humillaciones que sufrió para salvarse y salvar a su tribu. Su corazón no es puro y está manchado de resentimiento a sus mujeres, a sus hijos y hacia sí mismo. Está también enojado con Dios que le exigió demasiado y lo obligó a estos sacrificios a cambio de una promesa: la promesa de una tierra, de una patria y de ser el padre de numerosos pueblos. Abraham se lamenta y se justifica porque tenía que sobrevivir, sólo él podía guiarlos en los peligros del desierto, sólo si sobrevivía existía la opción de salvar la tribu y a los que quedaron esperando en Ur. Sobrevivir era el impulso de su corazón, todo sería distinto en la tierra de Canaán, pero Dios le había exigido demasiado.

Abraham trata de borrar estos recuerdos espantosos de su memoria. No fue él el responsable sino Dios. Dios fue el responsable de que tuviera que salir de Irak con su tribu, Dios le indicó el camino a seguir y lo hizo cruzar reinos hostiles. Dios entregó a Sarai y a sus mujeres bellas al faraón a cambio de beneplácitos para él y la tribu. Dios está detrás de las peleas entre sus mujeres y es Dios el que expulsa a una de ellas a morir en el desierto y es Dios el que la salva a ella y a Ismael. Y es Dios el que permite fecundar a Sara en la vejez. Y es Dios el que exige la vida de Isaac en sacrificio.

⁶ "Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré". *Biblia de Jerusalén*, Editorial DDB ISBN: 8433023233, p.25.

⁷ Hubo hambre en el lugar, y Abraham bajó a Egipto a pasar allí una temporada, pues el hambre abrumaba el país. Estando ya próximos a entrar a Egipto, dijo a su mujer Sarai: "Mira, yo sé que eres mujer hermosa. En cuanto te vean los egipcios, dirán: 'Es su mujer' y me matarán a mí y a ti te dejarán viva. Di por favor que eres mi hermana, a fin de que me vaya bien por causa tuya y viva yo en gracia a ti" (Ibid p25).

Así Abraham se deslinda de responsabilidad, pero la culpa ensombreció su corazón. Estos eran sus pensamientos mientras llevaba a Isaac al holocausto del monte Moriah. Tres días caminó por el desierto paseando su mirada interna en los hechos ocurridos y reflexionando.

¿Realmente era Dios el que llevaba a Isaac al sacrificio? ¿O era su rabia por Sara, su odio consigo mismo por todos los acontecimientos que significaron emigrar de Ur y salvar a su pueblo?

¿Era la voz de Dios la que escuchaba? ¿Acaso la escuchó alguna vez?

Escudriñó su corazón y sintió el miedo a morir. El miedo a que su tribu falleciera de hambre o a la intemperie devorada por los animales y serpientes del desierto.

No, no fue a Dios al que escuchó; nunca había escuchado a Dios. Fue el grito de su propia angustia y el de su temor a morir lo que obsesionó todo su ser. Ahora a punto de asesinar a Isaac tampoco es a Dios a quien escucha.

Un sentimiento de profunda soledad lo invadió. Ya no sabía si hizo lo correcto o se dejó llevar por sus instintos. El sol se perdía en las doradas dunas del horizonte, Isaac a cierta distancia de él, junto al altar apilado de leña observaba. Nunca había visto a su padre tan solo, tan abatido, observando morir el sol por la tarde, derrotado, sin lágrimas, sin nadie.

Abraham miraba su corazón. En su interior transcurría su vida entera, cada decisión que tomó desde que salió de Ur hasta el día de hoy, a punto de ofrecer a su amado Isaac en sacrificio. Eran sus decisiones, para bien o para mal, y nadie las había tomado por él. Su corazón se calmaba y una lágrima caía por la mejilla. Fue su intuición, su fe, también su temor, el que lo trajo hasta el último atardecer a punto de cometer el peor error de su vida. Pero también fue el amor a su familia, a su gente, a sus hijos y un amor desconocido a la posteridad. ¡Qué podía reprocharse a sí mismo!

La humanidad apenas amanecía, daba sus primeros pasos, balbuceaba sus primeras palabras. Por vez primera un hombre descubría su libertad y su angustia. Mientras meditaba cada vez más adentro de él, la paz entraba a su corazón. Por fin una verdad que podía decirse a sí mismo, comprendía el motivo sincero de sus acciones, sin juicio, ni culpa, ni rencor, ni venganza. Algo en él se conmovía cada vez que detenía su pensamiento en una de las decisiones que tuvo que tomar en esa soledad, una conmoción acompañada de una cierta vergüenza por echarle la culpa a Dios de las cosas que tuvo que hacer para salvar la vida de él y de los suyos.

Las estrellas ya cubrían la noche y la cúpula del cielo de azul fulgente iluminaba como nunca antes la había visto. Isaac todavía tembloroso y obediente de su padre continuaba junto al altar del holocausto. Arrodillado, para proteger con su cuerpo la yesca del viento, saca una chispa de la piedra y enciende la hoguera.

Abraham se acerca al fuego y le dice a Isaac: “Hoy, en la cima de este monte sagrado, por primera vez he escuchado a Dios en mi corazón y he sentido que tú, hijo, y yo y los que nos esperan abajo y este grano de arena y esa estrella allá lejos, somos lo mismo, somos uno y no moriremos jamás”. Se abrazaron como se abraza un padre con su hijo en un acto que se repetirá de generación en generación hasta la eternidad.

DEMETER Y EL TEMOR AL RECHAZO

El pacto entre Zeus y Deméter: el eterno retorno

La Diosa Madre, generadora de la Vida, era amada por Urano el Dios del Cielo, pero este, temeroso de que los hijos de la Diosa lo reemplacen del cetro del Universo, les impedía el nacimiento. Así Urano, los hundía en las mismas entrañas de la Diosa Gea antes de que nacieran. Cuando las argucias de Gea lograron que fuera castrado y destronado, su hijo, el glotón Cronos, sucedió a Urano y liberó a sus hermanos. Pero Cronos ahora también temeroso de que los hijos de su consorte y hermana Rea⁸ le quitaran el poder, se los tragaba apenas nacían. La Diosa Rea también mediante engaños finalmente logra liberar a sus hijos para continuar la Creación. Urano y Cronos parecen desconocer que los hijos de la Diosa también eran de ellos. Hasta que llegó el tronante Zeus, conocedor de la semilla que se entierra para que nazca la vida. Zeus amó a numerosas diosas y numerosas ninfas y plantó su semilla en ellas. De esos amores nacieron dioses, semidioses y humanos que comenzaron a poblar el Cosmos.

Zeus con su hermana Deméter, Diosa de la vida, de los cereales y de la nutrición, tuvieron una hija, Perséfone. Zeus sin que ellas lo supieran, entrega a Perséfone en matrimonio a su hermano Hades, el dios del mundo subterráneo. Esto enfurece a la madre Deméter y en su tristeza, la vida comienza a morir en la tierra. Pronto morirían los humanos ya sin alimentos, y sin ellos nadie honraría a los dioses. Zeus tuvo que negociar con Deméter. Perséfone pasaría una temporada con ella y una temporada con Hades en el reino de la muerte. Así la vida nace en un tiempo, luego muere en otro tiempo, y vuelve a nacer en otro tiempo. Sin embargo, Deméter antes de confinarse en el Olimpo, enseñó a los humanos los Misterios, es decir, el método de como ellos pueden también transformarse en dioses y romper el ciclo del tiempo para no necesitar morir.

La trascendencia por la regeneración de la vida

Si Urano y Cronos ya reflejan un conflicto con la diosa madre, pueden ser mitos correspondientes a una etapa paleolítica. Zeus, es un dios traído por los nómades indoarios, ya conoce la agricultura y la domesticación, sabe que su semilla es la que da la fertilidad y la vida. Pero no tiene todo el poder ya que la vida se genera por la acción de dos principios y si la Diosa se enoja la vida muere. La solución es negociar. Zeus negocia con Hades y con las Diosas. Ellas aceptan las condiciones de ambos de someterse una temporada y quedar liberadas en otra; Deméter acepta, pero deja una puerta abierta para la liberación: entrega los Misterios a los humanos para que ellos también se vuelvan dioses.

Entonces nacimiento, muerte y resurrección es el ciclo de la inmortalidad, del eterno retorno, la vida vuelve a nacer después de la muerte. La vida renacerá en la misma tierra luego de la cosecha, o tendrá lugar el renacimiento en un plano espiritual luego de la muerte del cuerpo. Y esta resurrección, terrenal o espiritual, tiene origen en un pacto entre los dioses, en una negociación.

Los acuerdos y las negociaciones funcionan durante una etapa, mientras las condiciones o los contextos en que fueron tomados no varían. Basta que una de las partes en otro momento no esté conforme con lo acordado, para que dicho trato se convierta en una imposición. Cuando una parte se arrepiente de lo firmado, el pacto tendrá carácter coercitivo y para mantenerlo obligará por forzamiento a la parte en discordia.

⁸ Cronos y Rea son ambos hijos de Urano y Gea y por tanto sucesores.

El forzamiento no sólo es un tema de violencia física; la amenaza que siente Deméter por la pérdida de su hija en el reino de la muerte, o en otras palabras, la muerte de lo más amado, es una condición violenta para ese trato de inmortalidad que proponen Zeus y Hades: el eterno retorno de Perséfone.

Precisando, el núcleo del conflicto cultural que estamos abordando es la creencia de la resurrección de la vida después de la muerte a través de un pacto con la Diosa de la Vida. Pero si ese pacto es forzado, el anterior acuerdo se transforma en una relación de dominación.

He aquí la contradicción. La inmortalidad se logra por medio de un pacto con la Diosa de la Vida, pero ese pacto no es tal porque deviene en forzamiento.

La solución transferencial que ofrece Silo en sus *Mitos raíces...* es la enseñanza de los Misterios que da la Diosa a los humanos para volverlos inmortales. Serán los humanos, también hijos de la Diosa, los que deviniendo en dioses podrán cambiar el orden creado por Zeus.

“Toda la ancha tierra se cargó de hojas y flores y la diosa fue a mostrar a los reyes que administran justicia, el misterio de las cosas sagradas; y a todos les explicó los venerados misterios, que no es lícito descuidar, ni escudriñar, ni revelar, pues el gran respeto a los dioses corta la voz. Dichoso, entre los hombres terrestres, el que los ha contemplado; pues el no iniciado en estos misterios, el que de ellos no participa, no alcanza jamás una suerte como la de aquél, ni aún después de muerto, en la oscuridad tenebrosa. Mas después que la divina entre las deidades dio a conocer todas estas cosas, partieron ambas para dirigirse al Olimpo, a la junta de los demás dioses”⁹.

Silo toma el mito de los *“Himnos Homéricos”*¹⁰, donde se resalta la prontitud de Hades para aceptar el retorno de Perséfone cuando el plan de Zeus fracasa y que es Hermes quien comunica a Hades el nuevo trato. Hermes se lo suele reconocer como el rey de los ladrones; se lo interpreta en ocasiones como el que roba las ilusiones de los incautos (en este caso arrebató a Perséfone) y posibilita una resolución hacia un nuevo estado.

El temor al rechazo de la persona amada

Para tratar de comprender el sistema de tensiones a los que se refiere este mito de la Diosa Deméter, creo que tenemos que comprender el miedo a ser rechazado por el otro. El temor al abandono del amado. Temor que intento superar tratando de sujetar al otro, mantenerlo para mí, poseerlo. Apropiarme del otro forzando su cariño y su voluntad.

Ese otro al que quiero poseer, asegurarme su amor, no es cualquiera. Estamos tratando un conflicto con “otro”, bien especial. Otro, del cual quiero su aceptación, una aceptación total, sin juicios ni condiciones, aceptación que, de ser posible, la experimentaría como distensión profunda. Ese otro del cuál añoro su aceptación, ella o él, que me atrae, me seduce y me complementa. El ensueño de su aceptación me transporta imaginariamente a los espacios del amor, de la unidad, a espacios de lo sagrado.

Una vez que el otro ha despertado en mí esa posibilidad de distensión profunda, quiero ser aceptado por esa persona. Ese otro puede ser alguien real, o una persona ensoñada, o incluso una entidad de tipo espiritual. Pero quiero ser elegido, ser digno y amado por ella.

⁹ *Mitos raíces universales*, Silo, Editorial Leviatán, Buenos Aires, 2013, ISBN:978-987-514-258-9

¹⁰ *Himnos Homéricos*, Editorial Gredos, 1978, ISBN: 84-249-3501-2.

Es una contradicción querer ser aceptado por el otro y para ello forzarlo de alguna manera, ya que es ese forzamiento lo que impide que pueda registrar la distensión que busco. Sin embargo, emulo el sometimiento como si fuera aceptación, de algún modo traduzco su resignación como aprobación. Esta contradicción es una dirección mental que lleva al aumento de la cosificación y de la violencia sobre el otro.

Este forzamiento del otro, cuya atracción imagino que me distiende profundamente, está torciendo la condición de una relación paritaria, creando una relación de dependencia y confusa. El forzamiento aun sutil, degrada al otro, y no será posible experimentar la aceptación añorada¹¹. Las reservas que experimento por parte del otro hacia mí o directamente el rechazo del otro, va provocando en mí ansias, celos, deseo de posesión, rabia, sentimiento de injusticia y para evitar este sufrimiento busco los modos de doblegar su voluntad.

Desde la hipótesis de que el temor al rechazo de la persona amada es un núcleo cultural de dolor, que la aceptación de la persona amada se experimenta (o se cree que se experimenta) como unidad y trascendencia, que la conciencia intenta resolver este nudo mediante la posesión del otro y compensar ese adueñamiento por medio de una negociación, es que estudiaremos el modo de transferir este núcleo doloroso.

Cómo se puede transferir este núcleo de dolor

El encuentro con otro, y la experiencia de comunicación, y más profundamente de comunión, es lo que deviene en la experiencia de amor. Una experiencia que puede trascender el registro del tiempo para abrir un espacio mental de eternidad. Esta experiencia del otro puede transportar a una vivencia totalizadora de comunión con Todo.

Ser aceptado por el otro se experimenta como distensión profunda y unidad. La relación entre Yo y Tú se realiza cuando constituyo al otro como un tú independiente de mí, esto ya se experimenta como unidad y liberación interior, pero al movilizar la energía sexual, la carga afectiva se eleva hasta que la aceptación plena del otro es envuelta por el sentimiento de intimidad, de confianza y de amor.

Sin embargo, esta realización de la experiencia del amor sólo es posible en la constitución del otro como otro, como tú independiente y libre, tú que eres por y para ti. Y tal aceptación sólo puede ser experimentada en ese acto liberador que constituye al otro “fuera” de mí. Pero, el temor al rechazo del otro revierte esta posibilidad y mi acción queda teñida por el cálculo de que el otro sea para mí. No depende de lo que haga el otro, quedo imposibilitado de experimentar su aceptación plena, ya que mis actos tienen la dirección mental de su posesión. Al estar involucrada la carga sexual y afectiva este temor también se amplifica y el otro deviene en un objeto que necesito para mi placer o relajación, distorsionando la maravilla del encuentro. La trascendencia a través del amor se convierte en poder y posesión sobre el otro.

Ya vimos según mi interpretación de Silo en su exégesis del mito de Deméter y Perséfone, que propone como resolución del conflicto al forzamiento de Zeus y Hades a las Diosas, el reestablecer el contacto directo con la experiencia Trascendente: que los humanos conozcan el camino para

¹¹ Aun cuando el otro puede establecer una relación sincera de afecto, admiración o respeto hacia mí, al acercarme con la intención de “ser aceptado”, pero que en realidad es “someterlo a mi deseo”, produce un espacio de comunicación ambigua en la que puedo convencerme de que estoy logrando mi objetivo.

convertirse ellos mismos en dioses. La rápida aceptación de Hades cuando Hermes le arrebató a Perséfone por mandato de Zeus, es un momento transferencial pero queda debilitado al obligarla a ingerir el alimento de la granada.

Veamos otras resoluciones transferenciales que nos proveen filósofos y místicos.

En El Banquete de Platón, Sócrates y sus discípulos elogian a Eros (dios del Amor) y explican por qué éste es el más importante de los dioses. Se preguntan qué es el Amor.

Eros es un estado intermedio entre los Dioses y los Hombres. Eros, comunica a los hombres con los Dioses y comunica a los dioses las cosas de los hombres. Al estar en medio de unos y de otros llena el espacio entre ambos, de suerte que el todo queda unido consigo mismo como un continuo. La divinidad no tiene contacto con los hombres, salvo a través de Eros. Para llegar al verdadero amor, al amor en sí, se inicia enamorándose de un solo cuerpo en el que reconozco la belleza, de ahí observo que la belleza está en todos los cuerpos, luego descubro que en realidad esa belleza no está en los cuerpos, sino en el alma, y así el amor deviene en amor a la inmortalidad.

“Empezando por las cosas bellas de aquí y sirviéndome de ellas como de peldaños ir ascendiendo continuamente, en base a aquella belleza, de uno solo a dos y de dos a todos los cuerpos bellos y de los cuerpos bellos a las bellas normas de conducta, y de las normas de conducta a los bellos conocimientos, y partiendo de éstos terminar en aquel conocimiento que es conocimiento no de otra cosa sino de aquella belleza absoluta, para que conozca al fin lo que es la belleza en sí... Si alguna vez llegas a verla, te parecerá que no es comparable con el oro ni con los vestidos ni con los jóvenes y adolescentes bellos, ante cuya presencia ahora te quedas extasiado y estás dispuesto, tanto tú como otros muchos, con tal de poder ver al amado y estar siempre con él, a no comer ni beber, si fuera posible, sino únicamente contemplarlo y estar en su compañía”¹².

Dante sufre en el oscuro bosque de su vida la pérdida de su amada Beatriz; esta desde el cielo espiritual se las ingenia para guiarlo a los infiernos y reencontrarlo, una vez purificado, para enseñarle la contemplación del amor puro. Se encuentran en el Purgatorio luego de la travesía de Dante por el Infierno junto a Virgilio, ella le hace ver que no es verdad que sufre por su pérdida (la muerte de Beatriz), sino porque no fue capaz de sostener el amor cuando muere el cuerpo de ella, su amada, y deviene en espíritu.

Beatriz se dirige a las sustancias angélicas y les explica todas las señales que desde su vida espiritual le entregó a Dante y este no hacía caso.

“Cuando subí desde la carne hasta el espíritu y hube crecido en belleza y virtud, fui para él menos querida y menos agradable. Encaminó sus pasos por vía falsa, siguiendo tras engañosas imágenes del bien, que no cumplen totalmente ninguna promesa. Ni siquiera me ha valido impetrar para él inspiraciones por medio de las cuales lo llamaba en sueños o de otros modos, según el poco caso que de ellas ha hecho. Tan bajo cayó, que todos mis medios eran ya insuficientes para salvarlo, a menos que le mostrase el mundo de las almas condenadas”.

Y dirigiéndose a Dante:

“A la primera herida que te causaron las cosas engañosas del mundo debiste elevar los ojos al Cielo, siguiéndome a mí, que había dejado ya de ser engaño. No debían batirse tus alas para esperar allí nuevos golpes, o bien alguna doncellita o cualquier otra vanidad de corta duración”.

Y dice Dante:

“Yo estaba como los niños que, mudos de vergüenza y con los ojos fijos en el suelo, escuchan de pie, reconociendo sus faltas y arrepentidos”¹³.

¹² *Diálogos*, Tomo III, Platón, Editorial Gredos, 1986 ISBN:84-249-1036-2

¹³ La Divina Comedia, Dante Alighieri, Unidad Editorial SA, Madrid, 1999, ISBN: 848130-200-7

Avergonzado Dante, reconociendo la verdad de su alma, encuentra la paz en las aguas del Olvido, y emprende junto a ella la contemplación de la sustancia del cielo.

Entonces, Dante se reconcilia cuando descubre que su pena no se debe al rechazo de Beatriz al morir, sino que inversamente, él la abandona al perderse en lo mundano y no aceptar el amor superior que desde esa “nueva vida” ella le brindaba.

“La ortiga del arrepentimiento me punzó tanto, que odié todas las cosas mortales que me habían desviado de su amor; el remordimiento me oprimió el corazón de tal modo, que caí desmayado”.

La terapia Gestalt intenta mostrar que constituyo al otro en base a mis expectativas, lo constituyo según exigencias personales que corresponden a mis apetencias, en las que el otro no tiene nada que ver. Lo mismo hace el otro conmigo y por lo tanto toda la relación está basada en el forzamiento para ajustar al otro a mis afanes. Tomando conciencia de esas expectativas, libero al otro y me libero. Esto lo sintetiza la oración de la Gestalt que dice:

“Yo soy yo y tú eres tú.

*Yo no estoy en este mundo para cumplir tus expectativas y,
tú no estás en este mundo para cumplir las mías.*

Tú eres tú y yo soy yo.

*Si en algún momento o en algún punto nos encontramos,
y coincidimos, es hermoso.*

Sino, pocas cosas tenemos que hacer juntos.

Tú eres tú y yo soy yo”.

(Fritz Perls)

Resulta muy reconciliador cuando descubro que constituyo al otro para que cumpla mis ensueños y me resiento cuando esto no sucede. La distensión del conflicto se produce al asumir la violencia que ejerzo cuando exijo al otro que cumpla mis deseos. Comprendo que su misión en la vida es ser libertad y no estar determinado para mí.

Martín Buber en *Yo y Tú* dice:

“Quien dice Tú, no tiene algo por objeto.

Porque un algo, es un Ello, y límite con otro algo, y éste con otro. Donde se dice Tú no se habla de ninguna cosa. El Tú no pone confines... ¡Cosas y más cosas, tanto internas como externas! ¡Oh secreto sin misterio, oh amontonamientos de la información! ¡Ello, ¡Ello, Ello!

La sublime melancolía de nuestro destino es que todo Tú haya de convertirse en un Ello en nuestro mundo. Tan pronto como la relación ha sido contaminada de mediatez, el Tú deviene en un objeto entre objetos, quizás el objeto más sobresaliente, pero un objeto más, fijado según medida y límites. Y el amor mismo no puede mantenerse en la relación inmediata. El ser humano que todavía era único e incondicionado, no manejable, únicamente presente, no experimentable, apenas tangible, se ha transformado ahora nuevamente en un Él o en una Ella, en sumatoria de propiedades, en una cantidad con forma. Ahora puedo de nuevo abstraer de él el color de sus cabellos, su forma de hablar, su bondad; pero, mientras puedo hacer eso, no es mi Tú, ni lo será.

No se trata de una renuncia al yo, como la mística piensa generalmente, pues el yo es imprescindible para toda relación, y por ende también para la más elevada, dado que la relación sólo puede acaecer entre Yo y Tú; por tanto, no una renuncia al Yo, sino a ese falso instinto de autoafirmación que, a la vista del incierto, inconsistente, efímero, imprevisible, peligroso mundo de la relación, permite al ser humano huir hacia el tener cosas.

El ser humano recibe una presencia como fuerza; y no recibe un “contenido”. Esta presencia y esta fuerza encierran tres realidades. En primer lugar, el ser aceptado, el estar compenetrado, y esto hace la vida más difícil. En segundo lugar, la inexplicable confirmación del sentido. En tercer lugar, este sentido, no es el sentido de “otra vida”, sino de ésta, nuestra vida; no de allende el mundo, sino de este mundo. Un sentido que quiere ser efectuado, no puede ser experimentado, pero si realizado”¹⁴.

Martín Buber nos pone en presencia del Tú, inapresable, intocable, inalcanzable, cuya presencia siento en mí, y me constituye y te constituye, y ese vínculo se hace consciente de sí, un sí mismo que es en realidad un Tú trascendente.

¹⁴ Yo y Tú, Martin Buber, Caparros Editores, Colección Sprit, 2005, ISBN:84-87943-10-1

En la concepción del ser humano de Silo y en su reflexión "Acerca de lo Humano", nos dirá:

"En tanto no experimente al otro fuera del para-mí, mi actividad vital no humanizará al mundo. El otro debería ser a mi registro interno, una cálida sensación de futuro abierto que ni siquiera termina en el sinsentido cosificador de la muerte. Sentir lo humano en el otro, es sentir la vida del otro en un hermoso multicolor arcoiris, que más se aleja en la medida en que quiero detener, atrapar, arrebatar su expresión. Tú te alejas y yo me reconforto si es que contribuí a cortar tus cadenas, a superar tu dolor y sufrimiento. Y si vienes conmigo es porque te constituyes en un acto libre como ser humano, no simplemente porque has nacido "humano". Yo siento en ti la libertad y la posibilidad de constituirte en ser humano. Y mis actos tienen en ti mi blanco de libertad. Entonces, ni aun tu muerte detiene las acciones que pusiste en marcha, porque eres esencialmente tiempo y libertad. Amo, pues, del ser humano su humanización creciente. Y en estos momentos de crisis, de cosificación, en estos momentos de deshumanización, amo su posibilidad de rehabilitación futura."¹⁵.

El otro no es sólo su presente y su aquí, es su pasado y sobre todo su futuro. En ese sentido podemos experimentarlo como un proceso de humanización, en que lo dignifico como "blanco de libertad" y lo constituyo en mí, no como un "para mí", sino como un ente totalmente libre e independiente de mí, al cual contribuyo a que amplíe y ejerza su libertad. Esa experiencia del significado del otro en mí que se profundiza a medida que el otro crece y se libera, produce una ruptura de creencias en el momento de la muerte, en que la misma muerte cambia también su significado.

Somos lo mismo, yo-tu

La compensación al temor al rechazo y al abandono por parte del amado a través de la posesión del otro, no queda resuelta por la negociación. Tampoco por contratos religiosos o jurídicos que regulan las conductas de los esposos. El forzamiento del vínculo aumenta el temor al rechazo y la violencia para sujetar al otro.

En los mitos agrícolas la solución al conflicto del rechazo de la persona amada es a través de una negociación entre las diosas y los dioses. Los contratos suplantán el amor, y son los acuerdos y los calendarios los que rigen el encuentro de los sexos. En el año nuevo o en primavera, se encuentran los principios opuestos y de la plenitud de ese momento se regenerará la vida con fecundidad.

El acto de poseer convierte al otro en algo que se puede tener, es decir en una cosa. El otro deja de ser otro, para convertirse en objeto de posesión y quedo imposibilitado de experimentar su aceptación, ya que la persona amada, no es otro, sino parte de mis pertenencias, parte de mi yo. Aun cuando fuera aceptado por ella con sinceridad, estoy impedido de experimentar el amor porque el que me acepta no es otro, no es una libertad frente a mí, sino un algo, un objeto que me pertenece. Buscaré la aprobación, el reconocimiento de los demás o la fama, pero nunca serán suficientes ya que mis actos mentales son centrípetos y estoy impedido de experimentar al otro como otro independiente de mí.

Quizás sí necesitemos un nuevo contacto con una experiencia trascendente, sí necesitemos que Deméter nos muestre los Misterios, como sugiere Silo en su libro *Mitos raíces universales*, y desde un nuevo contacto con lo trascendente, realizar el encuentro entre Yo y Tú, en que tú alcanzas un significado superador de lo que tradicionalmente hemos comprendido como "otro".

¹⁵ *Habla Silo*, Silo, Virtual Ediciones, 1996, ISBN: 956-7483-04-3

Y si...

Y si Perséfone, símbolo de la inocencia y de la vida, un día cualquiera, como nos pasa a todos, como te pasa a ti y me pasa a mí, que de sopetón se nos aparece la muerte y Hades nos pone frente a su reino tenebroso; como cualquiera, Perséfone se resiste a morir, pero he aquí que la Diosa, ya no como cualquiera, se sumerge en el inframundo y descubre que la muerte no es tal como la pintan, sino un tránsito, un ciclo, para volver a renacer en cada primavera. Perséfone, la diosa más bella, vuelve en primavera a contarnos que la muerte es solo un tránsito para resucitar cada vez. Perséfone supera el temor a la muerte y por compasión decide vivir junto a Hades para recibir a los muertos, para ayudarlos en el tránsito hacia la resurrección. Zeus podrá creer que negocia con Hades y Deméter, pero es la compasión y la decisión de Perséfone la que la vuelve la reina de los muertos y la reina de la vida en primavera¹⁶.

Y si los vínculos que creamos en vida son inmortales. Si el vínculo entre yo y tú, no se deshace con la muerte del cuerpo, sino que su sustancia es una esencia que se incorpora al propio ser. La experiencia de la muerte de la persona amada refuta las ideologías que tenemos sobre la muerte. La experiencia nos muestra que el vínculo se fortalece y su presencia no desaparece, sino que se va interiorizando hasta fundirse en el propio ser a medida que aumenta la reconciliación con la persona y su partida. La trascendencia del vínculo es evidente y en general se lo atribuye un fenómeno de memoria, pero pudiera tratarse de una experiencia mucho más espiritual que psicológica. Aceptar que el vínculo no muere y que por el contrario se fortalece no sólo por el recuerdo, sino por la reconciliación, es una reflexión de profundas consecuencias para el sistema de relaciones que construimos en vida, pero también una intuición que debilita el poder de la muerte como realidad fáctica de lo humano.

Y si cuando Orfeo mira hacia atrás, hacia el mundo de los muertos, a donde viajó a rescatar a su amada Eurídice, rompiendo al girar su cabeza la condición que Hades le había exigido, con tan mala fortuna que a pesar de haber cruzado el umbral del Inframundo, a Eurídice le faltaban todavía unos pocos metros. Si Orfeo en lugar de mirar hacia atrás, hubiera mirado en su interior durante el recorrido por el infierno, tal vez hubiera sentido la fuerza viva de su amor envolviéndolo de confianza. Eurídice no puede volver del Infierno porque su esencia jamás se ha apartado del alma de Orfeo y éste tiene que aprender a mirar en su interior para encontrarla.

Y si tú no eres para mí y al estar contigo o recordar tu presencia observo la caricatura en que mi percepción te ha convertido. Y si al meditar la reducción de ti que han hecho mis sentidos y mi conciencia, comienzo a agregar a esa figura plana tus inquietudes, tu historia, tu afán, tu futuro, tu permanente posibilidad, tu ser trascendente susurrando constantemente para que le prestes atención. La caricatura se va desgajando como una cáscara, mientras vas apareciendo tú, y la presencia de una fuerza, de una energía que siento que me despierta, me hace consciente de mí, mientras tú me eres cada vez más misteriosa, y sin saber por qué, sentimientos amorosos pulsan en mi interior.

¹⁶ “Diosa justiciera, reina subterránea

Madre del divino Dionysios, de manifestaciones múltiples

Tu sagrada presencia aparece en los brotes frutales

La vida y la muerte de los desolados mortales solo tu poder conoce

Produces la vida y lo que hay que matar viviendo... “

(extractos de himno a Perséfone, *Himnos Órficos*, José J. de Olañeta, Editor, 2002, ISBN:84-9716-026-6)

Reinterpretación transferencial del mito de Deméter.

Oh Guía ayúdame en este canto a las Diosas.

Pacto entre Zeus y Hades

Hades Plutón quedó resentido luego de la repartición del mundo: a su hermano Zeus le correspondió dominar el cielo entero y todo lo que en él contiene; a su otro hermano, Poseidón, el fondo de los mares; a él, los dominios del reino de la Muerte.

“Y dime Zeus”, reclama Hades, “¿conoces a uno solo de los mortales que quiera venir aquí por su propia voluntad, aquí donde residen las almas de los muertos?, ¿uno solo que desee sinceramente verme, acompañarme y participar en este submundo tenebroso? A ti en cambio, Zeus, no sólo te temen con esa admiración ambivalente que se tiene a los dioses, sino que también te aman y te buscan y desean tu protección. Yo he de conformarme en esta soledad de la muerte y recibir las almas que llegan a regañadientes, muchas desgarradas por el esfuerzo indigno que hicieron para no caer en este abismo. Todas si pudieran elegir saldrían de este mundo en un abrir y cerrar de ojos”.

Zeus, el ordenador del universo, necesita la paz con el rey del infierno y dice: “No es así Hades, a ti también te aman las almas vivas porque sin ti no hay cimientos, no hay raíces y no hay retorno”.

Y dice Hades: “Concédeme entonces Zeus el amor de la más bella de las ninfas del Universo para que me acompañe y habite en mis dominios y sea coronada como la reina de los muertos”.

Y dice Zeus: “La mujer que encandile tus ojos, que no sea ya de otro señor, podrás llevarla al mundo de las tinieblas para que sea iluminado, respetado y tú puedas gozar de amistad, amor y compañía”.

Esto sentencia Zeus, señor del Cielo y de la Tierra. Él, que todo lo sabe, ya conoce el destino de su hija Perséfone: su sacrificio permitirá calmar el rencor del Hades y ordenar finalmente el mundo.

Secuestro de Perséfone

“¿Cómo voy a conquistar a la más bella doncella si nadie quiere saber de la muerte?”, se preguntaba el malhumorado Hades, “Mucho menos una diosa inmortal. Cuando me acerco a cualquiera todas huyen. De algunas a las que he ayudado en algún percance me he ganado la amistad, pero siempre han rechazado mi invitación”.

Pero Zeus se lo concedió, tiene la venia del Dios Páter, y en su carro de caballos negros asciende del Tártaro a los verdes prados donde Perséfone juega con otras doncellas recogiendo flores. Verla, amarla y raptarla es cosa de un abrir y cerrar de ojos.

Perséfone lucha contra la atracción que Hades provoca, trata de zafarse de esa fuerza que ahora la domina mientras galopan hacia el inframundo. De nada sirvió que Ciane, Aretuza y otras doncellas advirtieran a Hades que ese acto violento con el que poseería a Perséfone podría calmar su pasión, pero jamás conocería el éxtasis de la unión. Transformadas en agua intentaron detenerlo, pero las suaves aguas no pudieron contener a los potros del infierno. El pacto con Zeus estaba sellado y no habría nada que lo detuviera.

La madre Deméter busca a su hija por el cielo y la tierra y nadie le dice dónde está. Nadie se atreve a contarle lo sucedido. Nadie quiere indisponerse con el poderoso Zeus y el potente Hades. Todos callan, nadie vio, nadie escuchó, nadie supo. Los que se cruzan en su camino ocultan su rostro para no enfrentarla. Nadie quiere decirle que fue su propio esposo, el propio padre de su hija Perséfone, el que a cambio de la Paz Universal, permitió su secuestro y aceptó que el Señor del mundo subterráneo la desposara. Dioses y humanos miran a hacia otro lado cada vez que ven venir a Deméter con sus preguntas. Sólo las doncellas transformadas en agua, ellas que también habían sufrido el acoso de los dioses, quieren ayudarla, pero la violencia de la que fueron objeto ahogó sus voces y no tienen cómo advertirle. Pese a todo, Ciane hace flotar en sus aguas el prendedor de flores de Perséfone y Aretuza remece el fango del fondo de la laguna para que emerja el cinturón que se desprendió en el forcejeo con el ansioso rey del submundo. Al ver las prendas que las doncellas le muestran en la superficie de sus aguas, Deméter comprende y el Sol que todo lo ve se lo confirma: Perséfone fue secuestrada por Hades.

Entristecida la Diosa, sin el amor de su hija y sufriendo la deslealtad de los mortales y los inmortales que le ocultaron su destino, su rostro se fue secando, demacrando y envejeciendo: el cereal ya no tiene el vigor para crecer en la tierra y ya no hay alimento para los humanos y estos olvidan los sacrificios y rogativas para los dioses.

Zeus envía a cada uno de los olímpicos a parlamentar con ella para que entrara en razón, para que se conformara con su suerte, y comprendiera la importancia principal que tiene el acuerdo cerrado con Hades. Furioso, Zeus ve cómo se deshacía el Mundo que Él había construido, y todo por culpa de la Diosa que no es razonable, que no entiende los poderosos motivos del Cielo para entregar en matrimonio a su hija. Hija que era de ambos, ¡no sólo de ella!, así que Él también tiene derechos sobre Perséfone.

Comprensión y reparación de Zeus

Zeus todo lo sabe, pero no todo lo domina, ya que por la unión de dos principios se genera la vida y no sólo por la semilla; por el complemento de los contrarios ocurre el nacimiento. Molesto comprende que sin Deméter el cereal no germinará y el Universo perecerá. Algo está mal en su plan divino, el Universo se deshace. No puede reprochar al resentido Hades el secuestro de su hija, ya que este lo hizo con su consentimiento. Aunque Zeus no fue explícito en concederle a Hades su propia hija, en su fuero interno sabía que ella sería la elegida para reinar en la muerte. Y Deméter, ¡qué importa Deméter, entre tantas diosas humanas y celestes que exaltaban su potencia, su poder y su fertilidad! Ahora Deméter aparentemente vencida, sin furia ni violencia, sólo por bajar los brazos y ensimismarse en su tristeza, esta a punto de disolver la creación.

Zeus comprende que tiene que retroceder y reparar el error. Tiene que convencer a Hades que libere a la hija de la Diosa. Perséfone debe volver, porque la vida se está extinguiendo y llegará el momento en que en que no quedará ningún alma viva, ni siquiera para viajar al Inframundo. Será el fin y no es Deméter la responsable, sino un acuerdo mal hecho, un tratado a espaldas de las Diosas. Además, ¿de dónde sacó que la injusticia que siente Hades por la repartición de los reinos podía solucionarse entregándole a su hija? Nunca el resentimiento se ha resuelto cediendo a los caprichos del resentido. Enviaría al grácil Hermes Mercurio, su más astuto comerciante, príncipe de los ladrones, a convencer a Hades Plutón para el retorno de la joven diosa.

Reconciliación de Hades

En el profundo abismo, Perséfone ya junto a su esposo, guía a las almas en ese oscuro mundo. Por ella reciben los muertos la fragancia de la vida. Acogiendo a cada alma, percibe sus relatos y los vive intensamente en su propio ser. Así como Ella, todos los humanos se resisten a la muerte y Hades los atrae a su reino a pesar de su voluntad. Así como Ella fue utilizada para arreglines entre sus tíos y familiares, el espíritu de los humanos que viene a residir en esta morada final, sufre una violencia parecida. Y cada vez que da amparo a un recién llegado, recuerda su propio terror descendiendo en diabólico galope hacia las tinieblas del Tártaro.

Y aparece Hermes, el de los pies alados, el ladrón de ilusiones, a parlamentar con Hades. Perséfone está junto a Él, su rostro pálido y nostálgico acentúan la ternura que siente por su obligado esposo, ternura cultivada mientras reinan juntos el hogar de los que perecen.

Hermes se dirige a Hades: “Zeus ordena el inmediato retorno de Perséfone. Su madre Deméter, ya no le interesa la compañía de los dioses y sumida en la melancolía ha inhibido el nacimiento y ya no crece el grano ni alimento en la tierra. Pronto fallecerán los humanos y con ellos el sentido de los Dioses, pronto tampoco habrá almas que lleguen a tu reino”.

Hades siente el júbilo que le causa a Perséfone el reencuentro con su madre y recomienda su inmediata partida. Hades siente un impulso desconocido dentro de sí. Puede perder a Perséfone para siempre, pero su decisión de liberarla lo conmociona de un modo inesperado. Perséfone adivinando ya el corazón de Hades le pregunta: “¿Qué crees, mi Señor, ¿puede alguien amar sin libertad?” Hades responde: “Vuelve donde tu madre Deméter y llenen de vida al mundo. Aquí tienes cuatro pequeños frutos de una granada. Si quieres volver al Reino una temporada, deberás ingerir al menos uno antes de partir”. Dicho esto entrega su carro a Hermes para que tirado por los caballos negros regrese con Perséfone rápidamente a los campos de la vida.

Ya casi salían del túnel del infierno cuando Perséfone toma uno de los granos y saborea su dulzor.

El reencuentro de las diosas

Al reencuentro de las diosas concurre Rea, madre de Zeus, madre de Deméter y abuela de Perséfone. Rea, la que engañó a su consorte Cronos haciéndole tragar una piedra que hizo pasar por Zeus, hijo de ambos, evitando así que fuera comido por el Dios del Tiempo, liberándolo para crear el mundo.

Ahora Zeus envía a su madre Rea a persuadir a Deméter y Perséfone para que se reconcilien con Hades y devuelvan la vida al mundo.

“Madre”, comienza a contar Perséfone, “fui raptada por el siniestro Hades y de nada sirvió mi resistencia y mis fuerzas para evitarlo. Me llevó a al hogar de los muertos donde reinaba como único Señor. Me hizo su esposa y hasta ahora estaba obligada a gobernar junto a él a las almas que hasta allí descienden”.

“Ya no más hija mía”, interrumpe Deméter, “ahora Zeus está obligado a romper su pacto con el violento Hades y no podrá separarnos jamás. Aprendió que aun en la corona del todo, Zeus no domina la vida y si nosotras no colaboramos, el grano no nace de la tierra, no hay alimento para los humanos, y sin humanos no hay sentido para los dioses”.

“Pero madre”, retoma Perséfone, “allá en el oscuro Tártaro llegan las almas desoladas sufriendo sin consuelo; temblorosas las fui recibiendo una por una y mi fragancia de flores contuvo su llanto. Comprendí el miedo que las atraía hacia el mundo de la muerte porque yo misma lo había sentido cuando Hades me arrastró en su carro de corceles fúnebres. Para ellas fui su sostén y ellas para mí, compañía. Mi esposo observaba mis encuentros con las ánimas sin entender cómo la paz llegaba a esos lugares tenebrosos. La ternura comenzó a sanar su corazón rencoroso. Cuando el mensajero de Zeus vino por mí y Hades sintió mi dicha de volver a verte, no resistió la orden ni un momento y me dejó partir. Antes de llegar a la luz del día, ingerí por propia voluntad una pizca de la dulce granada para no olvidar el sufrimiento de ese mundo sombrío y poder volver por un breve tiempo junto a Hades a consolar las almas de los que mueren”.

Deméter comprende el destino elegido por su hija Perséfone, dadora de vida, diosa del amor, reina de las almas de los muertos y esperanza de resurrección. Conmovida por el relato de Perséfone y el miedo de los humanos a la muerte, decide ayudarlos para que ellos por si mismos encuentren su trascendencia. Madre e hija se dirigen a un valle próximo a Atenas llamado Eleusis. Allí revela los misterios de las cosas sagradas y las prácticas que deben seguir tanto hombres como mujeres que quieran superar el ciclo del nacimiento y de la muerte. Los humanos ahora podrán, si así lo quisieran, volverse ellos mismos inmortales y vivir en la ciudad luminosa.

La gran madre Rea, la que había logrado liberar a sus hijos del tragón Cronos, agradecida y admirada por la hazaña de su hija Deméter, le transmite el mensaje ya innecesario, que a través de ella le enviaba Zeus: “Deméter, la más bella de las diosas, perfuma de vida el mundo y píntalo con el color de las flores, luego ven con tu hija Perséfone al cielo de los inmortales y permite que ella pase una temporada en el mundo de Hades y el resto de las estaciones junto a ti en la luz infinita”.

Luego de todo esto las tres diosas suben al Olimpo donde les perdemos el rastro.

BIBLIOGRAFIA

- Mitos Raíces Universales, Silo, Editorial Leviatán, Buenos Aires, 2013, ISBN:978-987-514-258-9
- Habla Silo, Silo, Virtual Ediciones, 1996, ISBN: 956-7483-04-3
- Temor y Temblor, Soren Kierkegaard, Editorial Tecnos, 1998, Madrid, ISBN:978-84-206-3913-0
- El Eclipse de Dios, Martín Buber, Ediciones Nueva Visión, B. Aires, Trad. Luis Fabricant, 1970
- Yo y Tú, Martin Buber, Caparros Editores, Colección Sprit, 2005, ISBN:84-87943-10-1
- Biblia de Jerusalén, Editorial Desclée de Brouwer, ISBN: 84-330-2323-3
- Diálogos, Tomo III, Platón, Editorial Gredos, 1986 ISBN:84-249-1036-2
- La Divina Comedia, Dante Alighieri, Unidad Editorial SA, Madrid, 1999, ISBN: 848130-200-7
- Himnos Órficos, José J. de Olañeta, Editor, 2002, ISBN:84-9716-026-6
- Himnos Homéricos, Editorial Gredos, 1978, ISBN: 84-249-3501-2.